

"VERITATIS SPLENDOR"

y

JUAN PABLO II

La Gnosis Ecuménico-Personalista

P. Basilio Méramo

- **Introducción**
- **I. Gnosis y Ecumenismo**
- **II. La Gnosis Vaticana a Través de sus Autores Principales**
- **III. La Gnosis Personalista**
- **IV. La Gnosis de Juan Pablo II**
- **V. "VERITATIS SPLENDOR"**
 - **-El Esplendor de la Verdad de la Gnosis Wojtyliana**
 - **-La Gnosis y las ideas divinas**
 - **-Gnosis y Moral Conclusión**

Introducción.

La Encíclica "Veritatis Splendor" (El Esplendor de la Verdad) es en realidad, como veremos, El Esplendor de la Verdad de la Gnosis de Wojtyla. Es el esplendor de la verdad o la irradiación de la luz del sincretismo gnóstico ecuménico personalista.

Hay que analizar y juzgar la Encíclica dentro de la ideología y el pensamiento de su autor -formal-, es decir, según el pensamiento de Juan Pablo II.

Las pruebas que permiten fundamentar esta afirmación requieren el conocimiento de lo que es la gnosis, sin lo cual no se puede captar la larga e intrincada Encíclica de Juan Pablo II y, por tanto, incurrir -como muchos- en consideraciones aparentemente equilibradas o ecuanímes, pero que, en el fondo, pecan de ingenuas, por estar desprovistas del conocimiento de la gnosis y de su triunfante penetración dentro de la Iglesia. Triunfo que se realiza con el progresismo modernista y de su victoria irrevirtida (históricamente), con el nefasto Concilio (de desgraciada memoria) Vaticano II, contaminado por el humo de Satanás.

Si no se quiere caer en descripciones ingenuas, insuficientes o erróneas, con cierta apariencia de verdad, hay que enfocar la Encíclica "Veritatis Splendor" bajo el enfoque de la gnosis que nutre el pensamiento moderno y que se propaga a través del Ecumenismo, cuyo máximo intérprete y difusor hasta el día de hoy es, actualmente, Juan Pablo II, el gran "apóstol humanista", que con su Ecumenismo nos hace pensar en lo que Mons. Delassus señaló: "Los dogmas forman, por así decirlo, el esqueleto de las religiones, y es por esto, por lo que las religiones se distinguen y separan unas de otras. El gran esfuerzo de los apóstoles de la religión humanista consiste entonces en hacerlos desaparecer" ("La Conjuración Antichrétienne", ed. Descleé de Brouwer, Lille, 1910, T.II, p. 647).

Los protestantes tampoco están ajenos al ideal ecuménico de Juan Pablo II, pues en 1903, como cita Mons. Delassus, expresaban ya sus designios y su finalidad ecuménica deseando "que las barreras sean bajadas entre las Iglesias, a fin de facilitar la colaboración fraternal al servicio de la humanidad" (Ibid., T.II, p. 647). Queda así manifiesto el objeto del aggiornamento (puesta al día) de la Iglesia, que hoy pregona la Jerarquía, gracias al Concilio Vaticano II.

El ecumenismo responde a un plan de hace mucho tiempo, no nos engañemos; el establecimiento de una religión humanista es un viejo proyecto que hoy se realiza. "Es en América (E.E.U.U.), sobre todo, donde tomó cuerpo el proyecto del establecimiento de una religión humanitaria, que debía sustituir a las religiones existentes. Después de largo tiempo se trabaja en hacer bajar las barreras dogmáticas y de unificar las confesiones de manera que se favorezcan las vías hacia el humanitarismo" ("La Conj.", T.II, p. 647).

El P. Meinvielle no titubea en calificar el progresismo de los teólogos, como una primera etapa de un gnosticismo cristiano: "Dijimos más arriba que el progresismo de los teólogos representa una primera etapa del gnosticismo" ("De la Cábala al Progresismo", ed.Calchaqui, Salta,1970, p. 429).

El ecumenismo, humanismo, socialismo, protestantismo y judaísmo se dan la mano, por extraño que parezca a primera vista, pero si tenemos en cuenta lo que Mons. Delassus denunció, la extrañeza desaparece. "... ¿cuál es ese espíritu nuevo en religión? Acabamos de decirlo, es un espíritu de tolerancia en eso que concierne al dogma, a fin de llegar a una solidaridad más perfecta entre los hombres de toda raza, de toda condición. En efecto, éste es un espíritu humanista. La religión de los Puritanos está hecha para el hombre y no para Dios. Son devotos de la religión en eso que tiene de social, ellos desdeñan eso que tiene de dogmático". (Exactamente como los ecumenistas del Vaticano II). "En una palabra -continúa más adelante Mons. Delassus- el cristianismo, en la transformación que la religión humanista quiere hacerle infringir, no será otra cosa que el socialismo (...) eso que el socialismo aspira realizar es propiamente el reino de los cielos sobre la tierra, es el sueño de la universal fraternidad en el universal amor (...) El socialismo es, en efecto, la forma concreta de la religión humanista, o si se quiere, el término de la civilización moderna, si por un tiempo se llega a suplantarse la civilización cristiana" ("La Conj.", pp.654-655-656). La civilización del amor de Juan Pablo II está prácticamente calcada de este sueño del socialismo cuya inspiración es netamente judaica.

El judaísmo, al igual que el socialismo, pretende encontrar el paraíso en la tierra, la "Ciudad Terrestre", la "Ciudad del Hombre", o como hoy se repite tanto, la nueva civilización del amor de Juan Pablo II.

El Concilio Vaticano II ha instaurado de modo inamovible la nueva religión de la cual Mons. Delassus decía: "La conclusión de lo que precede es que existe en proyecto y en vías de formación una religión nueva, religión del porvenir, dicen los unos, religión del siglo XX dicen los más impacientes, religión calificada de americana... religión humanitaria por el fin que se propone, que es sustituir a Dios por el hombre... una religión absolutamente universal debe establecerse sobre las ruinas de todas las religiones, lo cual se obtendrá bajando las barreras y borrando los dogmas; esta religión universal debe ser una religión social, una religión de progreso humano, procurando incluso al hombre el paraíso en la tierra. Estas ideas... preparan así la opinión que desea el nuevo orden de cosas querido por el Poder oculto de los Judíos, para asentar su dominación sobre todo el género humano". ("La Conj.", T.II, p.673). Religión universal, religión humanitaria, religión social, religión de progreso, son expresiones que encajan al milímetro con la religión del ecumenismo de Vaticano II.

El Nuevo Orden Mundial de los judíos no es más que la instauración del Anticristo y de su ciudad satanocráticamente implantada. Nadie puede extrañarse, entonces, que relacionemos la gnosis con el ecumenismo.

I.Gnosis y Ecumenismo

El ecumenismo es la convergencia religiosa universal sin dogmas que dividan, es un sincretismo universal de carácter religioso que se opone al catolicismo (universalidad de la Verdad). El ecumenismo proclama la fraternidad universal sin distinción de credos, es un interconfesionalismo pluralista o pluralismo universal.

El ecumenismo es así un sincretismo religioso que unifica o congrega a todos los hombres sin dogmas ni credos que dividan. Es un movimiento de convergencia de todas las creencias y religiones. Se rechaza, así, la exclusividad de la Iglesia como única poseedora de la Verdad. Se impugna la universalidad de la Iglesia Católica Apostólica Romana fuera de la cual NO hay salvación, y cuya Catolicidad o Universalidad es la de la Verdad, que es una y única. El ecumenismo conlleva así, paradójicamente, la negación de la divinidad de la

Iglesia; al igual que el arrianismo negaba la divinidad de Jesucristo, el ecumenismo, en definitiva, niega la divinidad de la Iglesia, cuerpo místico de Cristo.

La Iglesia en cambio, es universal, no con el universalismo pluralista que caracteriza al falso ecumenismo modernista el cual obliga (o lleva irremediamente) a una unidad sincretista, lejos de la unidad católica (que es universal a la vez que exclusiva), sino con el universalismo de la Verdad que es una y única y no múltiple y diversa. Nada más opuesto a la unidad y universalidad de la Verdad y de la Iglesia Católica que el sincretismo del actual ecumenismo pluralista de la Iglesia postconciliar. Sírvanos de luz aquello que Mons. Delassus señaló y de los que afirmaban: "No tenemos miedo de decir que por encima de las religiones que dividen los espíritus, hay cabida para una religión verdaderamente universal, aceptable por todos los espíritus pensantes, y que encierra las religiones particulares como el género encierra las especies" ("La Conj.", T.II, p.646).

Hay una gran afinidad, más aún, una verdadera compenetración entre el ecumenismo de Vaticano II y la gnosis, así lo evidencia la siguiente cita de Mons. Delassus: "Numerosos católicos están seducidos, sobre todo, por esta afirmación que anteriormente hemos encontrado en boca de Weishaupt: 'Todas las religiones, sin exceptuar la religión católica, tienen una enseñanza esotérica'. Esta doctrina secreta de Jesucristo, -hasta hoy desconocida por la Iglesia oficial-, es la que hay que comunicar para iniciar en la verdadera sabiduría, en la gnosis, y preparar así los acontecimientos del verdadero catolicismo, de la religión verdaderamente universal" ("La Conj.", T.II, p.732). Esta religión universal de la cual habla el Gran Jefe de los Iluminados (Weishaupt), no es otra que la nueva religión ecuménica de Vaticano II.

La gnosis o conocimiento que diviniza al hombre, es una de las más antiguas herejías de la Humanidad. El primer pecado de Adán fue un pecado de gnosis, pues como bien advierte el P. Meinvielle: "El pecado de Adán fue un pecado de gnosis, de conocimiento. Querer conocer desordenadamente lo que sólo puede conocer Dios. El pecado radicó dentro de la voluntad, pero con respecto a un acto de conocimiento. Y este conocimiento era un acto privativo de Dios. El hombre quería gozar de una prerrogativa divina en el conocer, es decir, la de constituir el orden de la moralidad y de la ley. Tal acto de gnosis, al adjudicar al hombre un atributo divino, haría del hombre, Dios. (...) En el pecado de Adán tenemos entonces, primeramente, un acto de soberbia, referido a un conocimiento o gnosis de la propia excelencia o suficiencia por el cual se constituía en un regulador supremo del bien y del mal y en fuente de su propia felicidad" ("De la Cáb., pp.31-32). El Padre Petit de Murat también dice al respecto: "Mediante aquel acto perfecto de su voluntad, de desobediencia, prescindió de Dios y quedó solo, sin otra cosa que la posesión de su propio ser: ya no lo poseía y explicaba como antes en la Primera Causa, sino en sí mismo, tal como Dios lo posee 'seréis como dioses'... Abominó de su condición radical de ser-por-otro y pretendió ser-por-sí... Entonces obtuvo de manera perfecta la ciencia del bien y del mal: Supo -gustó hasta las heces- que él, por sí, era nada. El pecado le reveló al desnudo el fondo de su propia naturaleza. Comprendió que, al desatarse de Dios -fuente que origina todo bien- perdía aquellos en los cuales había querido afianzarse para siempre mediante una ciencia que le confiriera la posesión de los mismos, absoluta e independiente de Dios. (...) Poseer la ciencia del bien y del mal es lo mismo que poseer los resortes del ser y del no-ser con el fin de no tener que recibirlo de Dios e incluso poderlo dar a las criaturas sensibles; en una palabra, crear y 'ser como dioses' ("Jesús el Cristo", Tucumán, 1988, pp.44 Y 69).¹

Después del Pecado Original la gran tentación gnóstica está siempre latente, buscando al igual que la serpiente a quien enredar, prometiendo la divinización del hombre, fuera de la Revelación de Dios y del Verbo divino hecho carne, para dar la verdadera luz y gloria a los hombres.

Es de este modo como la gnosis está mucho más cerca de lo que nos podemos imaginar. El P. Meinvielle dilucida que: "...a través de la historia humana no hay sino dos actitudes fundamentales de pensamiento y de vida: una la católica, que es la tradición recibida de Dios por Adán, Moisés y Jesucristo, y cuyo insuperado expositor ha sido Santo Tomás de Aquino; la otra, la gnóstica y cabalística, que alimenta primeramente los errores de todos los pueblos en la gentilidad y en la apostasía del judaísmo y luego en la del cristianismo mismo, y que se verifica de modo particular en el mundo moderno... La tradición perversa y cabalística cobra origen en la tradición buena, que es pervertida por la malicia del hombre, quien a su vez, se deja seducir y alienar por el diablo. La gran tentación gnóstica de 'seréis como dioses' prende en el género humano y lo pierde". ("DE la Cáb.", p.7). "La Cábala es invención judía que se origina en la corrupción por- los misterios

paganos de la Revelación dada por Dios al pueblo judío. Es la tradición divina pervertida por el hombre". (Ibid., p.131)

Queda así manifiesto, que sólo hay dos actitudes fundamentales e irreductibles de pensamiento y de vida, dos concepciones que determinan dos culturas diametralmente opuestas; una es la católica y, la otra, la cultura moderna. Esto mismo afirma Mons. Delassus en otros términos pero que vienen a significar en el fondo lo mismo, pues civilización moderna, civilización humanitaria, ciudad del hombre, Renacimiento, se identifican. "Hay dos maneras de enfocar la vida presente: una teniendo su fin en sí misma, la otra preparando para la vida eterna. Estas dos maneras de ver abren el camino a dos civilizaciones: La civilización cristiana y la civilización humanitaria. Siempre estuvieron en conflicto. Pero este conflicto, que después de la aparición del cristianismo no había cesado de existir en el corazón del hombre, se volvió público, social, el día que los humanistas hicieron volver la vista atrás, hacia el paganismo y se propusieron restaurarlo" ("La Conj.", T.II, p.539).

No nos sorprendamos, o se es Católico o se es gnóstico, la disyuntiva se impone por sí misma. Católico sólo se puede ser de una forma, gnóstico de muchas (pluralidad del error), pero siempre con la impronta y fuerza que le dio el judaísmo una vez que el pueblo elegido fornicó con las falsas creencias de los pueblos apóstatas de la Revolución primitiva, cayendo en el paganismo por obra y seducción del mismo Satanás. Por eso dice el salmo 95 que todas las religiones de los gentiles son obra del demonio (omnes dii gentium daemonia).

El progresismo es de factura gnóstica, de aquí que toda la corriente progresista y ecuménica es de origen gnóstico cabalista, habiendo sido sutilmente inoculada dentro de la Iglesia por las sectas masónicas para destruirla, socavándola por dentro, pero guardando las apariencias externas. El Padre Meinvielle en el Prólogo de su libro "Un Progresismo Vergonzante" (ed. Cruz y Fierro, Bs.As.1967, pp. 7-8) expresa: "La actual corriente del Progresismo, que está en todas partes liquidando la Iglesia, es un fenómeno complejo de difícil caracterización. (...) Mantenemos firmemente nuestra convicción de que el Progresismo 'primeramente' destruye la Cristiandad y luego, por consecuencia, el cristianismo. Por ello la responsabilidad de Maritain que en su 'Humanismo Integral' inició, allá por la década del 30, el actual Progresismo. De aquí también la responsabilidad del teólogo Yves Congar O.P., que al adherirse a Maritain y a Mounier en la destrucción de la Cristiandad, ha contribuido al actual Progresismo. Pero Maritain, Mounier y el mismo Congar han sido ya sobradamente superados. Hoy se está abiertamente en la destrucción del Cristianismo. (...) Con el nuevo cristianismo gnóstico se está realizando una operación de gran envergadura y dejando las fórmulas y el aparato exterior de la Iglesia Católica, se está cambiando su contenido; de tal suerte que el hombre, incluso al hacer profesión católica, lejos de adorar al Dios vivo y verdadero y a su Unigénito Jesucristo, adore la Humanidad y, en definitiva, a Satán. (...) Nada más lógico que si el hombre rechaza a Jesucristo, el Unigénito del Padre, dirija su adoración a Satán, el Príncipe de este mundo. Y el catolicismo, desacralizado y secularizado; el catolicismo diluido en el mundo, ya que los teólogos no lo quieren sobre el mundo, será, junto con el confucionismo, hinduismo, budismo, islamismo y judaísmo, una de las formas exotéricas en que se rinde a Satán el culto igualitario de la religión universal. El Progresismo dentro de la Iglesia está trabajando aceleradamente en esta operación que fue planeada en las Altas Logias a fines del siglo pasado".

Precisamente este catolicismo, desacralizado, secularizado, diluido y desnaturalizado ("light", como los productos modernos) que rinde el culto igualitario, junto con las demás religiones, de la religión universal (ecuménica), es el programa del actual Ecumenismo prefabricado por la judeo-masonería para vaciar la Iglesia y destruirla.

No debe sorprendernos que el Ecumenismo responda a los planes judeo-masónicos de destrucción de la Iglesia Católica por la judaización (o cabalización) de la misma. Puesto que Cábala y gnosis judía se identifican. La destrucción del catolicismo por el judaísmo es una historia antigua y para ello había que cabalizar la Iglesia con la gnosis: "Para destruir al cristianismo había que vaciarlo por dentro dejando toda su apariencia exterior. Y éste es el trabajo de los gnósticos. La gnosis es un intento de judaizar o cabalizar el cristianismo". (Meinvielle, "De la Cáb"., p. 132).

La masonería es una invención judía, de ello no cabe la menor duda, sírvanos al respecto el siguiente texto que trae Mons. Delassus: "Los judíos, tan notables por su instinto de dominación, por su ciencia innata de

gobierno -dice M. Bidegain- han creado la Masonería, con el fin de dominar a los hombres que no pertenecen a su raza, comprometiéndose al menos a ayudarles en su obra, a colaborar con ellos a la instauración del reino de Israel entre los hombres" ("La Conj.", T II, p. 576). "La Cábala es la madre de las ciencias ocultas, y los gnósticos nacieron de los cabalistas. La Cábala cultivada por los Judíos con un ardor sin parangón, desplazando a las demás sociedades secretas" (Des Mousseaux, "Le Juif.", p. 101).

Al respecto Mons. León Meurin, S.J., afirmó en el siglo pasado: "Los cabalistas judíos no podían permitir al cristianismo establecerse en el mundo sin hacerle una guerra encarnizada, como se la hicieran al propio Jesucristo. Esta guerra fue, en el terreno de la doctrina, el gnosticismo." ("Filosofía de la Masonería", ed. Nuevo Orden, Bs.AS.,1981, p. 127).

Y si alguien duda de la identificación entre judaísmo, gnosis y Cábala basten estas palabras de Mons. Meurin que conocía bien el asunto sin restarle vigencia o importancia al tema como algunos (muy "avisados"), hacen ingenuamente: "Para que se pueda comprender mejor el sistema más perfecto del gnosticismo, inspirado por la Cábala judía y elaborado por el heresiarca Valentiniano, añadimos a este capítulo un esquema de tal doctrina, que hará resaltar la identidad esencial y la diferencia accidental que existe entre la Cábala judía y el gnosticismo, por una parte, y el cristianismo Y el gnosticismo, por otra; de donde se verá que el gnosticismo no es más que el Cristianismo cabalizado" ("Filos.", p. 127). Así, "se ve inmediatamente que el gnosticismo no era más que la Cábala disfrazada, adaptada especialmente para un fin: introducirse en el cristianismo naciente para destruirlo" ("Filos.", p. 136).

Que nadie pretenda disociar Gnosis y Gnosticismo, como intenta Borella, uno de los gnósticos más relevantes de los últimos tiempos, quien supera al mismo Guénon, y que considerándose católico tradicionalista² tergiversa a los Padres más renombrados de la Iglesia, pues no se escapa en esta materia de lo advertido por Mons. Meurin: "El fin a que tienden todos los esfuerzos de Satán es el de arrastrar al hombre al abismo eterno, siempre por medio del orgullo, avaricia o lujuria; siempre propone al hombre hacerse semejante al Altísimo. El alma humana, dice Hermes, de origen divino, encarnada por cierto tiempo, debe volver a la luz divina por la gnosis, el conocimiento o ciencia. (...) Tal es la aventura final de los que poseen la gnosis: "hacerse Dios" ("Filos.", p. 125). Mons. Delassus también identifica gnosis y gnosticismo: "El gnosticismo de hoy en día tiene una organización jerárquica...Tiene también una doctrina renovada de la antigua gnosis". ("La Conj.",T.II, p. 727). y además dice que la gnosis es: "una religión satánica" ("La Conj.", T.II, p. 725); precisando que: "El luciferanismo es el último avance de la gnosis" (Ibid., T. II, p. 726, nota 1). Conviene saber y tener muy en cuenta que "la gnosis encuentra sus adeptos en personas inteligentes y letradas" (Ibid., T. II, p. 743), tal es el caso del Profesor Borella; pero por muy inteligente que se sea, el Diablo que es inteligentísimo, no deja de ser Diablo, pues una cosa es ser inteligente y otra ser sabio. Citemos algunas frases de Borella para que no se diga que exageramos al calificarlo de gnóstico (aunque fino y sutil): "La gnosis, en efecto, es el conocimiento perfecto donde el sujeto que conoce está totalmente unido al Objeto conocido, porque, conociendo cómo es conocido, el conocimiento que tiene de Dios y el conocimiento que Dios tiene de él son un mismo y único conocimiento" (Borella, "La Charité Profanée", ed. Du Cedre, París, 1979, p. 394).

"Para el intelecto deificado contemplar la Santísima Trinidad, es contemplarse él mismo" (Ibid., p. 404).

"De una parte, la Escritura enseña que nosotros conoceremos a Dios 'tal cual es'; de otra parte, es la naturaleza humana misma que exige tal conocimiento" (Ibid., p. 412).

"Es por el intelecto, naturalmente sobrenatural, por el que las realidades sobrenaturales tienen un significado para un ser natural; en otro caso permanecen como si no fueran" (Ibid., p. 161).

"Dicho de otro modo y para hablar claramente, hay en el fondo del ser creado, en su centro más íntimo, alguna cosa de increada y de divina" ("Pensée Catholique, n° 180, p. 55).

"El hombre es, en efecto, no solamente Dios para el mundo, sino también en él mismo" ("La Char.", p. 144).

En vano, Borella pretende basarse en la distinción entre gnosis cristiana (de los Padres de la Iglesia primitiva) y gnosticismo, aun cristiano. Pues cae en el error del gnosticismo, o de la gnosis corrupta, aunque no lo quiera reconocer, ya que considera el espíritu del hombre como algo divino. El P. Meinvielle hace una observación que debemos tener muy en cuenta: "...la palabra gnosis es equívoca. Puede haber gnosis católica y sana. Dupont lo demuestra en San Pablo. Pero cuando se habla de gnosis, comunmente, se entiende por gnosis mala, gnosis teosófica y panteísta. Con ese sentido hablaremos aquí" ("De la Cáb.", p. 115). De este equívoco se vale Borella para encubrir su error, con apariencia de fidelidad a la Doctrina católica. Esto no es de extrañar, Mons. Delassus advirtió: "Baste decir que el ritual gnóstico está impregnado de la liturgia católica. Las fórmulas cristianas enmascaran la obra luciferina". ("La Conj.", T.II, p.729). La gnosis, es el conocimiento esotérico intuitivo y sagrado por el cual el hombre alcanza la divinización, conociendo que su espíritu es divino e increado³.

La gnosis pretende que el alma del hombre, al ser espíritu, es una chispa divina, y el llegar a este conocimiento es lo que realiza al hombre, que se sabe divino en lo más recóndito de su ser. Fue un seminarista, discípulo de Borella, quien sin querer me abrió los ojos y me dió la clave y la pista del gnosticismo "católico" de Borella, al decir que en Dios (Ser Absoluto), el ser y el no ser se identifican, lo cual es típicamente cabalístico. "Aquí aparece el omnis determinatio est negatio, de Espinosa y Hegel, y el En-Sof de la Cábala" ("De la Cáb.", p. 177).

El P. Meinvielle y Mons. Meurin así lo explican: "Los errores de la Cábala se pueden resumir en dos puntos fundamentales: Dios tiene una existencia indeterminada, entre el ser y el no ser (...) El hombre, en el fondo de su ser, es una chispa divina que camina hacia su divinización" ("De la Cáb.", p. 131). "Filosóficamente hablando (dice Mons. Meurin), el ser infinito no es el vacío, sino, por el contrario, la plenitud de ser. La Cábala, al despojar la idea del ser de todas sus formas reales, conserva solamente la idea abstracta de existencia sin ninguna sustancia. Confunde, como después Hegel, el ser que designa la existencia, con el ser que designa la esencia o la sustancia (esse existentiae y esse essentiae)⁴. (...) Evidentemente, dan un doble sentido a la palabra 'Ser', cuando afirman que la causa primera es al mismo tiempo, el Ser y el No Ser. Según ellos, es el Ser, porque existe. Y el No Ser porque está vacío de toda forma substancial. (...) Sólo mediante este sofisma jugando con el significado de la palabra "Ser" ha podido la Cábala, tanto antigua como moderna, darse a sí misma una base filosófica" ("Filos.", pp. 65-66).

Este es el error de la Cábala o gnosis judía, la cual es la corrupción de la noción -metafísica- de Dios. Dios, Ser Infinito y Absoluto en vez de ser considerado como la Plenitud de Ser, es concebido como la Indeterminación de Ser, y así se logra identificar en Dios el Ser y el No Ser, tal como lo hace la gnosis y el pensamiento moderno a través de Fichte, Shelling, o Hegel, por nombrar a los más relevantes.

De lo expuesto, no cabe duda alguna que el Ecumenismo de la Iglesia postconciliar es obra del judaísmo y por lo mismo impregnado de la Cábala o gnosis judía, sirviéndose del liberalismo. El ecumenismo responde a la concepción judaica de un cristianismo modernizado; baste para convencerse de ello, por si fuera poco con lo anteriormente dicho, el siguiente texto de Mons. Delassus refiriéndose a los judíos falsamente conversos -o marranos, como siempre se les apodó en España-: "... la entrada puramente exterior de los Judíos, en un cristianismo modernizado, es el medio de llegar y de llevar a este cristianismo sin dogmas, a esta religión humanitaria, a esta Jerusalén del Nuevo Orden, de los cuales hemos hablado. Ellos -los judíos- entran en la sociedad cristiana para ser un fermento de liberalismo" ("La Conj.", T. III, p. 1233).

Ecumenismo y gnosis convergen en el mismo propósito, es la prueba más rápida y breve; para ello, sería suficiente retener, únicamente, este texto del P. Meinvielle: "De aquí que la Cábala y los sistemas gnósticos terminen en una unificación total de todas las religiones, razas, pueblos y culturas. Estas ideas del sincretismo religioso y de la desaparición de todas las diferenciaciones, aun y sobre todo las religiosas, es una nota típica de todo movimiento cabalístico y gnóstico. Se advierte en la Cábala y en los distintos sistemas gnósticos antiguos y modernos, y es, por lo mismo, la nota distintiva de todos los movimientos esotéricos y masónicos" ("De la Cáb." p. 423). El ecumenismo, como podemos ver, encaja a la perfección con este ideal gnóstico-cabalístico y masónico de unificación de todas las religiones, de desaparición de todas las diferenciaciones, buscando lo común, lo cual es un diabólico sincretismo religioso, que atenta contra la unidad y la exclusividad de la

Religión Católica Apostólica Romana y de su Iglesia, la única verdadera. Y por si fuera poco, es tal la compenetración entre el ecumenismo y la Cábala, que casi emplean los mismos términos. Juan Pablo II ¡cuántas veces nos habla de los judíos como hermanos mayores en la fe!. Y hace más de un siglo Des Mousseaux señaló en su libro: "Ciertos corifeos del judaísmo profesan abiertamente esta filosofía, que corrompe el mundo cristiano y lo aproxima hacia ellos. Los cabalistas llaman a los judíos nuestros padres en la fe, y sus jefes son los de la gran asociación cabalística conocida en Europa bajo el nombre de masonería" (Le Juif', p. 101), Para Vaticano II, los judíos son los hermanos mayores en la fe.

El ecumenismo actual es la máxima expresión del sincretismo religioso, de ello no puede haber ni la menor duda. y no lo olvidemos, para destruir el cristianismo había que vaciarlo por dentro dejando su apariencia exterior, y esto por medio de la gnosis, como medio de judaizar o cabalizar la doctrina de la Iglesia. El gnosticismo es un sincretismo, decía el P. Meinvielle ("De la Cáb.", p. 136) y por esto se identifican ecumenismo y gnosticismo. Pierre Virion se interroga con penetración y agudeza: "¿Una iglesia universal, sincretismo de todas las religiones? Tal iglesia no puede concebirse si no es aceptando que es una sola la creencia oculta en el fondo de todos los credos. Este sincretismo desembocaría en el esoterismo..." (El Gob. Mund., p. 189).

El Ecumenismo, hecho irreversible, en opinión de Juan Pablo II como tantas veces lo ha dicho, es el triunfo de la penetración gnóstica en la Iglesia en su designio de judaizar o cabalizar el cristianismo. El Ecumenismo es el triunfo de la Cábala en la Iglesia y, por ende, de su disgregación en sí misma (solve) y de su reabsorción (coagula), según los planes de la Sinarquía con su Nuevo Orden Mundial. La disgregación de la Iglesia (culto, doctrina y moral) y su reabsorción dentro de los planes de la Revolución, una vez vaciado por dentro y guardando tan sólo su apariencia exterior, y poniendo así a la Iglesia al servicio de la contra-Iglesia o Sinagoga de Satanás y del Anticristo, es hoy casi un hecho. El 'solve et coagula' de la Revolución, están en plena efervescencia para ganar la Iglesia al servicio de la contra-Iglesia (Iglesia judaizada al servicio de Satanás)⁵.

II. La Gnosis Vaticana a Través de sus Autores Principales

Valiéndonos de los personajes que más se destacaron e influyeron en Vaticano II, verificaremos la gnosis vaticana.

Entre los inspiradores más renombrados del Concilio Vaticano II tenemos a Henri de Lubac, Rahner y Maritain, los cuales estuvieron imbuidos de gnosis.

Henri de Lubac⁶ quien, por sus méritos ecumenistas, fue premiado con el capelo cardenalicio por Juan Pablo II como muestra de aprecio y agradecimiento de parte de su gran admirador y seguidor.

El P. Meinvielle, al referirse a la corriente emanatista con su consecuente inmanentismo y las trágicas consecuencias, en lo relativo al tratado de la gracia y del orden sobrenatural, no titubea en afirmar: "Henri de Lubac, con su 'Surnaturel' es evidentemente el autor más representativo de esta corriente gnóstica o cabalística." ("De la Cáb.", p.422).

La misma observación hace el Cardenal Siri quien dice: "En 1946, publicó su libro 'Lo Sobrenatural', donde expresa todo su pensamiento de entonces. Afirmaba que el orden sobrenatural está exigido necesariamente por el orden natural. Como consecuencia de este concepto fatalmente se derivaba que el don del orden sobrenatural no es gratuito porque es deudor de la naturaleza. Entonces, excluida la gratuidad del orden sobrenatural, la naturaleza, por el hecho de existir, se identifica con lo sobrenatural" ("Getsemaní", ed. Cete, Avila, 1981, pp. 57-58). Y como advierte más adelante el Cardo Siri, con toda sagacidad y claridad: "Esta no-gratuidad del orden sobrenatural -en cada caso particular- conduce fácilmente a una especie de monismo cósmico, a un idealismo antropocéntrico" ("Get.", p. 63), lo cual, como ya sabemos, es característico de la gnosis. Todo el antropocentrismo de Vaticano II y de Juan Pablo II tiene aquí su explicación.

Karl Rahner cuya influencia en la Teología moderna y en el Concilio Vaticano II no ha sido poca -con gran influencia en el pensamiento de Juan Pablo II- es, con su cristianismo implícito o anónimo, otro de los nefastos paladines del modernismo que no escapa a la influencia de la gnosis. El Padre Meinvielle subtitula uno de sus capítulos: "El gnosticismo de Karl Rahner" ("De la Cáb.", p.438).

El Cardenal Siri, quien dedica a Rahner todo un capítulo en su libro "Getsemani", dice: "La concepción de lo sobrenatural necesariamente vinculado a la naturaleza humana está claramente propuesta por Karl Rahner desde los años 1930. En su tesis 'Geist im Welt' presenta nítidamente esta concepción de lo sobrenatural no gratuito. Veinte años después, y durante los mismos, las proposiciones han sido desarrolladas ampliamente. A veces podemos creer que Rahner rechaza la tesis del P. de Lubac, pero pronto nos damos cuenta de que, en realidad, Rahner sigue la misma idea y hasta la rebasa" ("Get.", p. 72).

Vemos así cómo de Lubac y Rahner rechazan la idea de la gratuidad de la gracia, lo cual es un grave error teológico y una herejía enorme.

Rahner está influido por Hegel; el Cardo Siri no deja duda de ello: "Es necesario notar enseguida que entre los escritos de Karl Rahner, por una parte, el principio dialéctico hegeliano es flagrante -como Hans Küng mismo, discípulo incontestable de Karl Rahner, lo atestigua " ("Get.", p.72). La dialéctica, no lo olvidemos, consiste en buscar la contradicción en la esencia misma de las cosas; y así, la dialéctica es el fermento mismo de la Revolución.

La dialéctica, como búsqueda de la contradicción en la esencia misma de las cosas, ha penetrado en la Iglesia a partir de Vaticano II. La Iglesia postconciliar se caracteriza por la búsqueda de la Verdad, como si no estuviera en la posesión de la misma. Hecho señalado tantas veces por Mons. Lefebvre. La Iglesia postconciliar está en busca permanente de la Verdad... ¿de qué verdad? de la verdad de la dialéctica; de la contradicción en la esencia misma de las cosas y que, una vez descubiertas, se neutralizan a través del diálogo en la síntesis del Ecumenismo.

Más aún, Rahner no deja de afirmar, como gnóstico que es, la identidad esencial entre Dios y el hombre: "De todos modos, Rahner declara que la esencia es la misma en Dios y nosotros: 'Cuando el Logos se hace hombre... este hombre en cuanto hombre es precisamente la automanifestación de Dios en su auto-expresión', - 'en efecto, la esencia es la misma en nosotros y en Él; nosotros la llamamos naturaleza humana'. Ahora bien, manifiesta cosa es que Dios y el hombre tienen la misma esencia y que nosotros, según Karl Rahner, la llamamos simplemente 'naturaleza humana'". ("Get.", pp.79-80). Esto es gnosis pura. Por tanto, cuando Vaticano II y Juan Pablo II hablan del hombre creado a imagen y semejanza de Dios hay que tener esto muy presente. Igualmente cuando se recalca que Cristo (imagen de Dios Padre) revela al hombre el misterio del hombre, es decir, su parte (partícula o chispa) que tiene de la divinidad.

La penetración gnóstica con Rahner es clarísima, únicamente un ciego no podría no verlo. Las consecuencias son tremendas pues todo el mundo sabe la gran influencia de Rahner en Vaticano II y en Juan Pablo II.

Jacques Maritain (1882-1973) es otro de los principales personajes que más influyeron en el Concilio Vaticano II. De él, y refiriéndose a la Cábala, el P. Meinvielle dice categóricamente: "La Cábala y los sistemas gnósticos exigen asimismo una única dimensión de naturaleza y gracia, razón y revelación, filosofía y teología, Iglesia y mundo⁷. Esto es una consecuencia ineludible de la concepción cabalística y gnóstica, derivada de su emanantismo total que tiende a confundirlo y unificarlo todo dentro del más radical y absoluto monismo. De aquí que sea esencialmente cabalística y gnóstica la tentativa de Maritain, en su Humanismo Integral, al pronunciar su 'cristiandad laica', es decir, un mundo cristiano de una única dimensión. Por esto, al rechazarse la subordinación del mundo a la Iglesia, se ha de favorecer primero, un movimiento de igualdad entre mundo e Iglesia, luego de fusión de la Iglesia con el mundo, y con ello la secularización. El cristianismo laico y secular propiciado por los teólogos progresistas no es sino consecuencia de la Cristiandad laica". ("De la Cáb.", p.423). De este modo, queda desvelado el fondo esencialmente cabalístico y gnóstico del "Humanismo Integral" de Maritain, que transmitió al Concilio Vaticano II y que nutre todo el Ecumenismo.

La misma imputación que hace el Cardenal Siri contra de Lubac -quien niega la gratitud de la Gracia- se la hace también el P. Meinvielle a Maritain: "las expresiones que usa Maritain: 'ordenación directa con lo absoluto', 'la persona reclama la sociedad y tiende siempre a sobrepasarla hasta que entre por fin en la sociedad de Dios', 'en una sociedad que es el cuerpo místico de un Dios encarnado', 'la persona pide ver la causa primera en su esencia', 'pide ser libre sin poder pecar', no se avienen, repetimos, con la absoluta sobrenaturalidad del orden de la gracia y de la gloria, y particularmente con el pensamiento tomista en esta cuestión" ("Crítica de la Concepción de Maritain sobre la Persona Humana", ed. Nuestro Tiempo, Bs.As., 1948, pp.80-81).

El Cardenal Siri no deja de dedicar a Maritain un capítulo de su libro, que revela para nosotros el carácter gnóstico del pensamiento de Maritain al referirse a los dos absolutos en su "Humanismo Integral" en relación al Progreso: "Así crece la historia humana, porque no se trata de un proceso de repetición sino de expansión y de progreso; crece como una esfera en expansión, acercándose a su doble consumación: en el absoluto de abajo, donde el hombre es dios sin Dios, y en el absoluto de arriba, donde es dios en Dios'. Estos absolutos constituyen una especie de secreto íntimo de todo el pensamiento de Maritain y, se podría decir, también de toda su sensibilidad". ("Get.", p.94).

Estos dos absolutos que constituyen una especie de secreto íntimo de todo el pensamiento de Maritain, según afirma el Cardenal Siri, es nada más ni nada menos que la gnosis cabalística de Maritain. Sólo un gnóstico puede concebir al hombre como un absoluto, como un dios; un dios sin Dios, absoluto de abajo. un dios en Dios, absoluto de arriba. Estos dos absolutos, dice el Cardo Siri "son la base de todos sus escritos, son el leitmotiv y el prisma fundamental a través del cual ve él todas las cosas, desde las pequeñas hasta las más grandes" ("Get.", p. 94).

La gnosis de Maritain no puede ser más patente y manifiesta. Si buscásemos el origen de la gnosis en Maritain, el siguiente texto del Padre Julio Meinvielle nos lo puede aclarar:

"El maritainismo, al ver en la materia la causa de toda imperfección. se acerca al neoplatonismo y a los sistemas gnósticos que ven en la materialidad el resultado de una caída ontológica y hacen de la materia el principio del mal. Por eso Maritain en vez de colocar la perfección moral del hombre en la ordenación de su conducta a las normas eternas que Dios le dicta como criatura que es, tiende a hacerla residir en una liberación de la materia; y en vez de hacer residir el pecado en un apartarse de esas normas, lo hace consistir en una caída en la materialidad" ("Crít.", p. 44).

La veta gnóstica de Maritain queda también reflejada en el maniqueísmo, al cual se aproxima su pensamiento: "No evita incurrir en el error de los maniqueos la concepción maritainiana de que, hablando absolutamente, es mejor, e imita mejor las perfecciones divinas una criatura intelectual que un conjunto compuesto de irracionales y de la criatura intelectual" (Ibíd., p. 105).

El ecumenismo está henchido de gnosis, al igual que toda el pensamiento moderno, pues como dice el P. Meinvielle: "Hay una continuidad total entre Maritain con su cristiandad laica, Congar con su autonomía del mundo frente a la Iglesia, Schillebeckx y Rahner con su cristianismo implícito del mundo, y Robinson, Altizer, Hamilton, Harvey Cox, con su secularización completa del cristianismo. Una cosa trae la otra. La lógica sigue su camino riguroso e irreversible" ("De la Cáb.", p. 423).

III. La Gnosis personalista

El personalismo que tiene por ideólogo a Maritain y por propalador a Mounier no escapa en consecuencia a la contaminación gnóstica, sino que es su más refinada expresión. Conviene advertir, en primer lugar, que Vaticano II en este punto no hace más que seguir los pasos de Maritain, quien fue refutado por el venerable P. Julio Meinvielle en su libro "Crítica de la Concepción de Maritain sobre la Persona Humana", ed. Nuestro Tiempo, Ss.Aires 1948, por incurrir en el error de la herejía pelagiana (o neo-pelagianismo personalista).

Considerar que el hombre se ordena -o comunica- directamente a Dios por sus propios actos voluntarios y libres, es un error que reaviva la herejía pelagiana, gracias al pensamiento de Maritain, que con el error del personalismo marcó su huella en el Concilio Vaticano II.

Dicho Concilio, al igual que su maestro Maritain, reivindican la dignidad de la persona humana, dada su trascendencia, que le permite ordenarse directa e inmediatamente con Dios (lo Absoluto), de tal modo que Maritain llega a decir que "la persona tiene una dignidad absoluta porque está en una relación directa con lo absoluto, en el cual sólo puede encontrar su perfecta realización" ("Les Droits de l'Homme", Desclée de Brouwers, Paris, 1989, p.22). Queda así planteada en síntesis por Maritain toda la preocupación de Hegel y del mundo moderno tal como lo reconoce Rocco Buttiglione: "Este tema de la relación entre lo finito y lo infinito es el corazón de la dialéctica hegeliana y, sobre este similar, de toda la cultura moderna. Ésta ha intentado secularizar la gran afirmación cristiana del encuentro, en Cristo, de lo finito con lo infinito presentando esta conclusión como realizada en virtud de la fuerza autónoma de la naturaleza, de la historia o del hombre y no como acto gratuito de Dios de hacerse presente en la gracia" ("El Pensamiento de Karol Wojtyla", ed. Encuentro, Madrid 1992, pág.64). Queda así reflejada la veta profundamente hegeliana no sólo de Maritain sino también de Henry de Lubac como de Juan Pablo II.

Atribuir a la persona humana en cuanto a tal (ut sic), una ordenación (o comunicación) directa e inmediata con Dios es suprimir, se quiera o no, el fundamento que distingue el orden natural del orden sobrenatural y adjudicar a la persona humana prerrogativas que sólo corresponden al orden de la gracia. Y como el P. Meinvielle señala: "Pretender que la persona humana -en cuanto tal- tiene derecho a una comunicación directa e inmediata con Dios en su Divina Deidad, sería incurrir en el grandísimo error de los pelagianos del que no pueden considerarse inmunes algunas expresiones de Maritain" ("Crít.", p.77), lo cual podemos extender al mismo Concilio Vaticano II y a Juan Pablo II. Se comprende así todas aquellas expresiones tan reiteradas del Concilio y de Juan Pablo II sobre la trascendencia y la dignidad de la persona humana en relación directa con lo Absoluto.

Sin la gracia y el orden sobrenatural que ésta implica, no hay ni puede haber ordenación directa del hombre a Dios. La Teología católica enseña a través de Santo Tomás que: "La gracia santificante ordena al hombre inmediatamente a la unión del fin último" (S.Th.,I-II, q. 111, a.5) es decir, a Dios. Lo contrario es puro pelagianismo.

El P. Meinvielle advierte así: "la comunicación directa e inmediata de la criatura intelectual con Dios no se verifica sino en el plano sobrenatural y de ningún modo en el natural. No son, por tanto, las exigencias de la persona humana, en cuanto tal, sino las del orden sobrenatural, completamente gratuito e indebido" ("Crít.", p. 82). Pues de lo contrario, caeríamos en el error denunciado por el Cardenal Siri en su libro "Getsemani", p. 58 (Cf. p. 15 de este trabajo), haciendo alusión a Henri de Lubac, quien suprime la gratuidad de la gracia. Error que en términos maritainianos se pregona valiéndose de la dignidad de la persona humana hecha a imagen y semejanza de Dios, como tantas veces recalca Juan Pablo II.

El Cardenal Siri señala que "la noción de infinito, el anhelo de infinito, expresan la posibilidad que tiene el hombre para entrar en contacto continuo con la infinidad de Dios. Pero, no se puede decir que este anhelo de infinito signifique que el hombre pueda participar por identidad de la infinidad divina" ("Get.", p. 61).

Dentro de este contexto se comprende el pensamiento de Juan Pablo II cuando se refiere en su libro "Signo de Contradicción", a la mentalidad moderna que se apoya en la afirmación de la trascendencia de la persona humana, típica del personalismo.

Tal es la importancia de la trascendencia de la persona humana para Juan Pablo II que "la Iglesia de nuestro tiempo se ha hecho particularmente consciente de esta verdad y, por ello, a su luz ha logrado redefinir en el Concilio Vaticano II su propia naturaleza" ("Sig.", ed. BAC, Madrid, 1979, p. 24).

La ordenación o comunicación directa e inmediata con Dios tal como la concibe Maritain, Vaticano II y sus seguidores más fervientes como Juan Pablo II, contradicen la gratuidad de la gracia y de todo el orden

sobrenatural, haciendo de ello una exigencia de la dignidad de la persona humana que en su transcendencia reclama la visión beatífica.

Conviene tener en cuenta, como bien explica el P. Meinvielle, que aun en el orden sobrenatural "la comunicación inmediata de Dios a la persona humana santificada por la gracia no se verifica tan inmediatamente como si no fueran necesarios prerequisites internos y externos; es necesario, por un lado, que la persona humana, al menos con voto implícito, tome la posición que le corresponde dentro de la Iglesia, Sociedad Sobrenatural; por otro lado, que se ubique debidamente dentro del orden universal por el cumplimiento de la Ley Natural, y aun dentro del orden social-político por el cumplimiento, también, de los preceptos naturales correspondientes" ("Crít.", p. 82).

Luego es falsa la postura de Maritain que exalta de tal modo la dignidad de la persona humana y su transcendencia, como si por sí sola se ordenara a Dios por sus propios actos voluntarios y libres, por el hecho de ser persona (error pelagiano) y que, en el supuesto caso que cuente con la gracia, será para destituirla de su gratuidad, haciendo de ella una exigencia (y no un don absolutamente gratuito) de la dignidad de la persona humana que, al ser hecha a imagen y semejanza de Dios reclama ver su esencia en su divinidad en la cual puede encontrar su perfecto acabado y realización. Es el error personalista y en definitiva gnóstico de Vaticano II

IV. La Gnosis de Juan Pablo II

Juan Pablo II, Papa ecumenista y personalista por excelencia, encarna el ideal de la gnosis cabalista llevando a la Iglesia a su más terrible crisis que sólo hace pensar en la gran tribulación de los últimos tiempos, con la pérdida casi total de la fe, en la más espantosa de las apostasías. Este misterio de máxima iniquidad parece ser el gran secreto de Fátima prácticamente puesto en el "index" por el propio Vaticano, sepultándolo para siempre, no queriendo hablar más de él.

Para probar el gnosticismo de Juan Pablo II basta confrontar lo que él mismo dice y hace con lo expuesto respecto a la gnosis del ecumenismo y la de sus personajes más relevantes como de Lubac, Rahner y Maritain.

La gnosis cabalística del Ecumenismo recae sobre Juan Pablo II al ser su principal propalador.

Juan Pablo II sigue la línea de Lubac, Rahner y Maritain y éstos, al ser gnósticos, hacen que Juan Pablo II siga la misma línea gnóstica, no hay escapatoria. Y esto es lo que vamos a ver ahora, no sin antes aclarar que, en primer lugar, la formación artística de Juan Pablo II fue gnóstica por medio de su director Mieczyslaw Kotlarczyk, que fue gnóstico y con quien tuvo gran amistad y estima, al punto de prologar -siendo Wotyła Cardenal-, un libro de su antiguo profesor de teatro: "Los lazos estrechos entre Kotlarczyk y Karol Wotyła se manifestarán incluso cuando este último, siendo Cardenal de Cracovia, escriba la introducción del libro de su antiguo profesor de teatro" (Daniel le Roux, "Pierre m'aimes-tu?", ed. Fideliter, 1988, p.64).

Como dice Le Roux hay un "lazo directo entre Kotlarczyk y la teosofía", (que es una especie de gnosticismo) y cita el libro "El pensamiento de Karol Wotyła" del profesor Rocco Buttiglione: "Sobre la relación entre las palabras y las cosas, Kotlarczyk lee y medita los textos de la tradición teosófica (de Helena Petrovna Blavatsky), de fonética y de lingüística (Otto Jespersen), de la tradición hebraica (Ismar Elbogen), fundiéndolo todo en una síntesis personal" ("Pierre.", p. 63).

Rudolf Steiner⁸, uno de los sucesores de Blavatsky, junto con Annie Besant, eran la cabeza de la sociedad teosófica, cuyo cristianismo era "un cristianismo cósmico, adogmático y, claro está, evolucionista... los medios de difusión del teosofismo steineriano fueron y siguen siendo el teatro, la danza, etc..." ("Pierre.", p. 63). Es decir, que el teatro era el medio de difusión de la teosofía, del pensamiento gnóstico con pretensiones cristianas. De aquí la relación entre Wotyła, Kotlarczyk, teatro y teosofía: "Kotlarczyk no se apoyaba solamente sobre el romanticismo polaco, sino también sobre los místicos del Este y del Oeste y sobre Rudolf Steiner y su Goethéanum a Dornach. Convencido de su potencia, cultivaba la palabra, el Logos" ("Pierre.", p. 63). "La

teosofía se dice (Mons. Delassus) la esencia misma de las religiones pasadas, presentes y futuras" ("La Conj.", T.II, p. 729).

"Nosotros sabemos -dice Le Roux- que Mieczyslaw Kotlarczyk leyó y meditó los textos de la tradición teosófica de Helena Blatratsky con el fin de elaborar su síntesis personal sobre la relación entre las palabras y las cosas". ("Pierre.", p. 83). Y el teatro es el modo de manifestarlo, no lo olvidemos.

La gnosis le viene a Juan Pablo II de su tierna juventud a través del teatro. Luego la cultivaría con las corrientes del pensamiento moderno, adhiriéndose a de Lubac, Rahner y Maritain por nombrar a los más notorios. El personalismo será la corriente más acabada de este gnosticismo, que tergiversa las verdades más excelsas de la Doctrina Católica sobre Dios y respecto al hombre. Con relación a este último se desvirtúa la noción de imagen de Dios (Imago Dei) y capacidad de Dios (Capax Dei), con el consecuente deseo natural de ver a Dios con lo cual se afecta el orden de la gracia y su absoluta gratuidad.

Tenemos así, cómo de Lubac, Rahner y Maritain se armonizan y complementan dentro del más acabado personalismo gnóstico-cabalista. El personalismo retoma invirtiendo las nociones sobre la capacidad de Dios, la imagen de Dios, el deseo natural de Dios, convirtiéndose en una de las más grandes herejías en la cual convergen y se sintetizan casi todas las anteriores. Henri de Lubac, niega la gratuidad de la gracia, para quien la gracia es exigida por la persona humana. Karl Rahner lo mismo, con su cristianismo implícito, anónimo; ideas todas que Juan Pablo II comparte y reparte propagando su ecumenismo gnóstico-personalista.

No exageramos, hagamos la confrontación entre Juan Pablo II y los personajes que más influyeron con su pensamiento liberal y modernista, para ver la continuidad y la aceptación de las ideas fundamentales.

Juan Pablo II no deja de hacer alusión cada vez que puede a la noción de infinito y a las consecuencias que conllevan referidas a Dios y al hombre. En "Signo de Contradicción" Juan Pablo II, aun siendo todavía Cardenal, resalta la mentalidad moderna en torno a la transcendencia de la persona humana: "La mentalidad moderna se apoya en la experiencia del hombre y en la afirmación de la transcendencia de la persona humana. El hombre se supera a sí mismo, el hombre debe superarse a sí mismo. El drama del humanismo ateo -tan agudamente analizado por el padre de Lubac- consiste en despojar al hombre de este su carácter trascendental, en destruir su definitiva significación personal. El hombre se supera tendiendo hacia Dios y de ese modo supera los límites que le imponen las creaturas, el espacio y el tiempo, su propia contingencia." ("Sig.", pp. 21-22). También se hace patente el significado del ateísmo como una negación de la transcendencia de la persona humana que alcanza lo infinito, quedando involucradas las ideas subyacentes de capax Dei, imago Dei y deseo natural de Dios, como veremos, y que caracterizan el personalismo: "La transcendencia de la persona se halla estrechamente vinculada con la referencia a Aquel (...) se vincula con la referencia a Aquel que es también totalmente Otro, porque es infinito" ("Sig.", p. 22). La relación entre transcendencia e infinito es clara. Ahora veamos la proyección: "El hombre posee el concepto de la infinitud (...) La infinitud encuentra, pues, en él, en su inteligencia, el espacio adecuado para aceptar a Aquel que es Infinito, Dios de inmensa majestad;... A este Dios confiesa el trapense o el camaldulense en su vida de silencio. A Él se dirige el beduino en el desierto, cuando llega la hora de la oración. Y tal vez también el budista, que, concentrado en su contemplación, purifica su pensamiento preparando el camino hacia el nirvana" ("Sig.", p. 22). Se ve así cómo para Juan Pablo II, el hombre en su transcendencia, con su noción de infinito, se eleva hacia Dios sea cual sea su culto o creencia. El hombre por ser persona y como tal, transcendente, logra la comunicación directa y personal con lo Absoluto, con Dios Infinito. Es esta transcendencia persona lista lo que constituye la oración y por esto "la Iglesia del Dios viviente congrega a todos los hombres, que en cualquier forma toman parte en esta maravillosa transcendencia del espíritu humano... La manifestación de esta transcendencia de la persona humana la constituye la oración de la fe..." ("Sig.", p. 23). Juan Pablo II no deja de repetirlo: "El hombre recibe de Dios su dignidad esencial y con ella la capacidad de trascender todo ordenamiento de la sociedad hacia la verdad y el bien" ("Centesimus Annus" n° 38). "...la esencial 'capacidad de transcendencia' de la persona humana" (Ibid., n° 41). "...la dignidad trascendente de la persona humana, imagen visible de Dios invisible" (Ibid., n° 44).

Esta "maravillosa transcendencia" que Juan Pablo II pone de manifiesto como si fuera la gran Revelación, la panacea del saber, es lo que le llevó incluso a concebir y redefinir la Iglesia según la óptica del personalismo.

La noción de infinito a la cual hace referencia Juan Pablo II, es la misma que lleva al Cardenal Siri a decir, hablando del P. de Lubac y de su negación de la gratitud de la gracia: "El razonamiento fundamental puede expresarse de esta manera: el acto intelectual trae consigo la posibilidad de referirse a la noción de lo infinito; por lo tanto, lo sobrenatural está exigido en sí mismo por la naturaleza humana" ("Get.", p. 58). "¿Cómo concluir con sencillez y lógica, que no sea sofisticada, que la referencia a la noción de infinito significa automáticamente que lo infinito sea comprendido? (...) Es muy grave, pues, emitir como principio que la referencia al orden de lo infinito implica que la esencia de lo infinito sea la naturaleza humana" ("Get.", pp. 60-61), lo cual recae directamente también sobre Juan Pablo II.

El deseo natural de ver a Dios es otra de las verdades que el ecumenismo gnóstico-personalista desvía y tergiversa, pues "de todas maneras, el P. de Lubac habla de un 'deseo natural absoluto' de la visión de Dios. Esta noción del deseo natural absoluto, a pesar de todos los esfuerzos especulativos empleados, excluye la gratitud de lo sobrenatural, es decir de la visión beatífica" ("Get.", p. 65), lo cual es otra de las pretensiones del personalismo neopelagiano que Maritain encabeza. Por esto el P. Meinvielle afirma en un importante texto: "El planteamiento maritainiano, en efecto, exige que se atribuyan a la persona humana, en cuanto a su condición de persona, prerrogativas sobrenaturales que, según la teología católica, exceden a la capacidad de toda naturaleza creada o creable; luego la exaltación y sublimación del hombre al consorcio de la divina naturaleza ya no es una gracia, sino una deuda o exigencia reclamada por la persona humana, en su condición de persona" ("Crít.", p. 167). He aquí la pretensión del personalismo, pretensión que feu ya calificada depelagianismo (Cf. más arriba, p.21) y que el P. Meinvielle vuelve a ratificar: "Ni se diga que no incurre en la herejía pelagiana..." (Crít., p. 166).

Juan Pablo II no deja de decir, cada vez que puede, repitiendo Vaticano II, que Cristo revela al hombre y que el misterio del hombre se esclarece con y en el misterio de Cristo, etc. Pues bien, esta noción es la misma que el Cardenal Siri imputa a Henri de Lubac: "El Padre de Lubac dice, que Cristo revelando al Padre y revelado por Él, acaba de revelar el hombre a él mismo. ¿Cuál puede ser el significado de esta afirmación? O Cristo es únicamente hombre, o el hombre es divino" ("Get.", p.60). Grave alternativa plantea el Cardenal Siri, pues cualquiera de las dos comportan la herejía, la primera es la herejía arriana y la segunda la herejía gnóstica por excelencia. Y como dice el Cardenal al final del parrafo: "De ahí, sin quererlo conscientemente, se abre el camino al antropocentrismo fundamental".

Aquí tenemos el origen del antropocentrismo que propaga por doquier Juan Pablo II: "En realidad el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado... Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente al propio hombre" ("Redemptor Hominis", n° 8).

Otra idea tan querida de Juan Pablo II, y que la toma de Rahner, es la famosa unión de Cristo con todo hombre por el hecho de la Encarnación, repetida hasta el cansancio (Cf. "R. H." n° 8-13-14-18).

El antropomorfismo patente de la nueva religión postconciliar no es más que el carácter gnóstico-cabalístico que la nutre. Antropomorfismo que es un verdadero antropoteísmo.

Para Juan Pablo II la Revelación, la gran noticia y objeto de su predicación es el misterio (gran secreto) que Cristo manifiesta al hombre, que como El (Cristo imagen del Padre) nos desvela lo que es el hombre (también imagen de Dios): es el carácter divino del hombre, lo que Cristo nos revela. Por eso el misterio del hombre se esclarece con el misterio de Cristo encarnado. Esta es la síntesis de la gnosis que Juan Pablo II propone como la gran Revelación para el hombre; así se explican las frases confusas para el neófito, pero deslumbrantes para el iniciado en las verdades de la gnosis: "Jesucristo es el camino principal⁹ de la Iglesia. Él mismo, es nuestro camino 'hacia la casa del Padre' y es también el camino hacia cada hombre. En este camino por el que conduce Cristo al hombre, en este camino por el que Cristo se une a todo hombre, la Iglesia no puede ser detenida por nadie". Y la razón nos la da el mismo Juan Pablo II puesto que "aquí se trata por tanto del hombre en toda su verdad, en su plena dimensión...", ¿cuál es esta dimensión?: "Se trata de 'cada' hombre, porque cada uno ha sido comprendido en el misterio de la Redención y con cada uno se ha unido Cristo, para siempre, por medio de este misterio" ("Redemptor Hominis", n° 13), misterio de la Redención que es la prolongación del misterio de la

Encarnación por la cual Cristo se une con cada hombre: "Por esto precisamente, Cristo Redentor, como se ha dicho anteriormente, revela plenamente el hombre al mismo hombre. Tal es -si se puede expresar así- la dimensión humana del misterio de la Redención. En esta dimensión el hombre vuelve a encontrar la grandeza, la dignidad y el valor propio de su humanidad. En el misterio de la Redención el hombre es 'confirmado'... El hombre que quiere comprenderse hasta el fondo de sí mismo... debe 'apropiarse' y asimilar toda la realidad de la Encarnación y de la Redención para encontrarse a sí mismo...", lo cual llevará al hombre a una "profunda maravilla de sí mismo...". Esto será el "profundo estupor respecto al valor y a la dignidad del hombre" que "se llama Evangelio, es decir, Buena Nueva" ("Redemptor Hominis", n° 10). Esta es la gran Revelación, el Evangelio, la Buena Nueva de Vaticano II y de Juan Pablo II: la gnosis, que revela la divinidad del hombre. En esto consiste "el primado del hombre" ("L'Osservatore Romano", ed. Española 22/3/91, p.6, col.4) y por esto seguirá repitiendo que "hay que amar al hombre porque es hombre; hay que reivindicar el amor del hombre por el hombre en razón de la particular dignidad que posee" ("L'O.R.", ed. Española 22/3/91, p.7, col. 1).

Este es el gran tema de la predicación de Juan Pablo II, en concordancia con Vaticano II, y reafirmando mil veces: "Llevar la plenitud de la Palabra de Dios a la gente, dirigir su mirada hacia el misterio de Cristo, ayudarles a entender la dignidad humana y el significado de la vida en clave de Redención es el supremo servicio de la Iglesia a la Humanidad". Sí, en clave de Redención, la cual consiste, como expresa cinco renglones más abajo, en el "principio de la Encarnación", que es "la unión de Cristo con cada ser humano" ("L'O.R.", ed. Española, 7/8/88, p. 9, col.2).

Para que no quede ni la menor duda que la clave, o verdad-clave a la cual Juan Pablo II se refiere, citaremos el siguiente texto: "En la base de todas mis exhortaciones de cara a una fraternal solidaridad y amor estaba la verdad-clave proclamada por el Concilio Vaticano II: El Hijo de Dios con su Encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre" ("L'O.R.", ed. Española 7/VIII/88, p.7, col. 2).

Este es el nuevo Evangelio que Juan Pablo II viene a proclamar cuando dice: "Vengo para proclamar el Evangelio de Jesucristo a todos los que libremente deseen oírme... a proclamar una vez más el mensaje sobre la dignidad del hombre, con sus derechos humanos inalienables" (Ibíd., col. 3).

Para Juan Pablo II "a través de la Encarnación, Dios ha dado a la vida humana la dimension que quería dar al hombre desde sus comienzos y la ha dado de manera definitiva" ("Redemptor Hominis", n° 1). Por tanto, la Encarnación da, de manera definitiva, para siempre, lo que quiso dar desde sus comienzos: la salvación, la visión de Dios cara a cara, la vida eterna; la herejía de la salvación universal de todos los hombres, pero que, para Juan Pablo II, bajo su óptica gnóstica es el esplendor de la verdad. Este es el "nuevo humanismo cristiano" del que tanto habla ("L'O.R.", ed. Española 7/VIII/88, p. 9, col. 4).

Esta idea o verdad-clave Juan Pablo II la toma de Rahner, cuyo gnosticismo como ya vimos no ofrece duda: "Kan Rahner, S.J. (dice el P. Meinvielle) ha sistematizado, quizás con excesiva fuerza, lo que él llama un cristianismo invisible, que sería efecto de una 'consagración de la Humanidad por la Encarnación del Verbo'. (...) 'Al hacerse hombre el Verbo de Dios, dice Rahner, la Humanidad ha quedado convertida real-ontológicamente en el pueblo de los hijos de Dios, aun antecedentemente a la santificación efectiva de cada uno por la gracia'. 'Este pueblo de Dios que se extiende tanto como la Humanidad'... 'antecede a la organización jurídica y social de lo que llamamos Iglesia'... 'Por otra parte, esta realidad verdadera e histórica del pueblo de Dios, que llamamos Iglesia en cuanto magnitud social y jurídica... puede adoptar una ulterior concretización en eso que llamamos Iglesia':. 'Así, pues, donde y en la medida que haya pueblo de Dios, hay también ya, radicalmente, Iglesia, y, por cierto, independiente de la voluntad del individuo'... De aquí se sigue que todo hombre, por el hecho de ser hombre, ya pertenece, radicalmente, a la Iglesia. Esta pertenencia radical implica una actualidad de pertenencia que no era admitida por Santo Tomás, quien habló sólo de pertenencia en potencia, y que es la admitida corrientemente hasta aquí por los teólogos. Esta pertenencia actual, aunque no plenamente desarrollada, da todo derecho para que consideremos y llamemos 'cristiano' a todo hombre por ser hombre." ("La Iglesia y el Mundo Moderno", ed.Theoria, Bs.As., 1966, pp. 143-144). "Estar unido en potencia -explica el P. Meinvielle- significa que pueden estar unidos pero no que lo están efectivamente; en Rahner, en cambio, la unión de la Humanidad en Cristo sería radical, vale decir, en raíz, y por lo mismo actual, aunque no

plena. Esta actualidad de la unión es lo novedoso de Rahner y también lo antojadizo y falso. De esa idea ha de servirse E. Schillebeckx para su elucubración en que identifica Iglesia y humanidad ("De la Cáb.", p. 374).

La influencia de Rahner tanto en Vaticano II como en Juan Pablo II es patente, prácticamente está calcada. La evidencia no se puede negar, los hechos están a la vista.

"No cabe duda -dice el Cardenal Siri- que aquí Rahner altera radicalmente el pensamiento y la fe de la Iglesia a propósito del misterio de la Encarnación del Verbo de Dios en Jesucristo tal y como se afirma en el Evangelio y en la Tradición: 'Si en general, la esencia del hombre se entiende, en este sentido ontológico- existencial, como la transcendencia abierta... al ser absoluto de Dios, la Encarnación puede presentarse, por consiguiente, como el cumplimiento absolutamente sublime (siendo completamente libre, gratuito y único) de aquello que generalmente significa hombre'" ("Get.", pp. 85-86).

Rahner es un gnóstico acabado (de pies a cabeza), y si parece exagerada a más de uno esta afirmación tan tajante, nos remitiremos a algunas proposiciones calificadas por el Cardenal Siri como desconcertantes que no hacen más que manifestar la concepción gnóstica: "Citamos por ejemplo algunas proposiciones desconcertantes: 'Se podría definir al hombre como aquello que surge cuando la auto-expresión de Dios, su Palabra, se lanza por amor en el vacío de la nada sin Dios... Si Dios quiere ser no-Dios, aparece el hombre, podemos decir, verdaderamente él, y nada más'. 'Es necesario decir de Dios, a quien nosotros profesamos en Cristo, que está precisamente donde estamos nosotros y sólo ahí podemos encontrarlo.'" ("Get.", p. 82). Así pues, para Rahner, allí donde está el hombre está Dios; esto es gnosticismo bien refinado. Al igual que Borella: "Por consiguiente, basta referirse al cumplimiento de la esencia humana para aceptar al Hijo del Hombre, Cristo, porque en Él, Dios ha asumido el hombre. 'Por eso, quien (por más lejos que esté de cualquiera revelación explícitamente formulada en forma verbal) acepta su existencia, y luego su humanidad... éste, aun sin saberlo, dice sí a Cristo. Quien acepta completamente su ser-hombre... acepta al Hijo del hombre, porque en Él, Dios ha aceptado el hombre'" ("Get.", p. 87) y como advierte muy agudamente el Cardenal Siri: "Pero de todo eso resulta sutilmente quizás, pero muy claramente, la inutilidad del acto de fe y así se destruye un dato fundamental. El acto de fe se vuelve inútil porque en mi esencia está Dios; porque todas las acciones tienen a Dios como Autor; el acto de fe presupone otra relación entre el hombre y Dios, entre criatura y el Creador. Si acepto a Cristo por el mero hecho de 'aceptar mi esencia', el acto de fe es una sin razón" ("Get.", p. 88). Esto es tremendo, pero no es más que la gran herejía gnóstica de siempre, y es, por un misterio de verdadera iniquidad, la doctrina de la Iglesia postconciliar.

Es entonces así como Karol Wojtyla (que aún no era Papa), emparentándose con Rahner, puede formular una de sus herejías: "Todos los hombres, desde el principio del mundo y hasta su final, han sido redimidos y justificados por Cristo y por su Cruz" ("Sig.", p. 113). Sí, herejía, pues si todos los hombres son justificados, ¿quién se condena?: nadie. Lo cual es herético.

La correspondencia entre el pensamiento de Juan Pablo II y Rahner, la evidencia el siguiente texto: "Grave, en la enseñanza de Rahner, es que la salvación del hombre, que se verifica en la unión con Cristo, no deriva de un acto libre del hombre, sino que se produce automáticamente y por el hecho de ser hombre" (Meinvielle, "De la Cábo", p. 374).

Esta es la gnosis cabalista, introducida de lleno en la Iglesia a partir de Vaticano II. La pérdida de la Fe Católica Apostólica Romana, la gran crisis de la fe que atraviesa la Iglesia, no nos sorprendamos, es un hecho, y contra los hechos no se puede objetar nada. "Unos después de otros -afirma el Cardenal Siri- todos los principios, todos los criterios y todos los fundamentos de la fe, han sido puestos en tela de juicio y se desmoronan" ("Geto", p. 88). ¿Cómo no se va a desmoronar la fe, con la penetración de la Cábala judaica y de su gnosis, en el seno de la Iglesia? ¿Qué se puede esperar, cuando se afirma la identidad de esencia entre Dios y el hombre y se socavan los Dogmas principales con proposiciones sabiamente urdidas, modo característico del lenguaje esotérico de la gnosis?: "... ya hemos señalado a Karl Rahner enseñando que Dios y el hombre tienen la misma esencia. Kan Rahner,... no sólo afirma de varios modos esta identidad de esencia de Dios y del hombre, sino que destruye, mediante un gran número de proposiciones sabiamente enredadas, toda la verdad de la Doctrina sobre la Encarnación de Jesucristo" ("Geto", pp. 279-280). Se vislumbra así, la realización de las

profecías de La Salette: "Roma perderá la fe y será la Sede del Anticristo" y de Fátima, que se refiere en esencia -por los estudios realizados- a la gran crisis de fe, sólo comparable con la gran Apostasía anunciada por las Sagradas Escrituras, para el fin de los tiempos.

Nosotros no podemos, por tanto, dejar de denunciar por el Honor de Dios, de la Verdad, la cabalización de la Doctrina de la Iglesia, por medio del Concilio Vaticano II, gracias al cual las tinieblas del error y el humo de Satanás invadieron toda la atmósfera de la Iglesia.

Juan Pablo II se hace eco de toda esta corrupción de la fe. Él mismo fue un iniciado en el esoterismo de la gnosis cabalista. Desde su temprana juventud absorbió el germen del ideal gnóstico, que él pregona como verdad-clave de su enseñanza. El mismo Cardenal Siri se atreve a decir tímidamente refiriéndose a enseñanzas ocultas: "Unas consideraciones sobre la persona de Cristo evocan ciertas doctrinas ocultas a propósito de la Encarnación del Verbo de Dios, en particular las de los antropósofos y de los Rosacruz" ("Get.", p. 290). Y cita al pie de la página un libro de Rudolf Steiner (1861-1925, fundador de la sociedad teosófico- cristiana antroposófica), "De Jésus au Christ", y otro libro de Max Heindel, "Cosmologie des Rose-Croix".

Ya vimos la relación que había entre Steiner (gnóstico), Kotlarczyk (director de teatro, amigo y profesor de Wojtyla) y Juan Pablo II.

V. "VERITATIS SPLENDOR"

El Esplendor de la Verdad de la Gnosis Wojtyliana

Con todo lo dicho no sorprenderá que consideremos y califiquemos la Encíclica de Juan Pablo II "Veritatis Splendor" (El Esplendor de la Verdad) con la denominación de gnosis Wojtyliana. Pues se trata en realidad, ciertamente, del esplendor de la verdad según la gnosis cabalista que ha penetrado dentro de la misma Iglesia con la astucia y sinuosidad de la serpiente maligna.

La Encíclica comienza destacando cómo el esplendor de la Verdad brilla en todas las obras del Creador y de modo particular en el hombre creado a imagen y semejanza de Dios. Se trata del esplendor de la Verdad de Dios, de la irradiación de su divinidad y de modo especial en el hombre, creado a imagen y semejanza. Esto, dentro del pensamiento gnóstico es, nada más ni nada menos, que el fundamento de la divinidad del hombre pues, no lo olvidemos, de acuerdo con la gnosis el hombre es una chispa divina, es de origen divino, y es así como brilla de modo especial el esplendor de la divinidad en el hombre. Esa divinidad que hay que rescatar, redescubrir. El esplendor de la luz divina, ilumina a todos los hombres, recordándole lo sublime de su origen, lo cual ocasiona "la nostalgia de la verdad absoluta y la sed de alcanzar la plenitud de su conocimiento". De aquí brotan, de lo más profundo del corazón los "interrogantes fundamentales" del hombre. Jesucristo, imagen de Dios invisible es quien puede así, revelar, redescubrir, el esplendor de la Verdad divina en el hombre, dar respuesta a los interrogantes fundamentales del mismo. Por eso: "Realmente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado. Pues Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, de Cristo" ("V.S.", nº 2). Es decir, que Adán, figura de Cristo, lo representa; el hombre es imagen de Dios. Cristo es imagen de Dios, representa el misterio del Padre, el hombre representa el misterio de Dios, pero no lo sabe. "Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación" ("V. S.", nº 2). Cristo le revela al hombre, que el hombre es divino, que es Dios.

También es lo que de Lubac dice: "Revelando al Padre y siendo revelado por El, Cristo acaba la Revelación del hombre a él mismo. Tomando posesión del hombre, arrebatándolo y penetrándolo hasta lo más profundo de su ser, le obliga, también a él a descender en sí mismo para descubrir de repente lugares hasta entonces insospechables. Por Cristo, la persona es adulta, el hombre emerge definitivamente del universo." ("Get.", p. 59).

Karl Rahner no se queda atrás, pues identifica -como ya vimos- la esencia de Dios y del hombre, pero no está de más citar un texto que refresca lo dicho: Pero todo lo que dice Rahner revela una teoría antropológica que

conduce directamente a una historización total de Dios y a la identidad de las esencias de Dios y del hombre. Por eso declara Rahner: "Lo que el hombre sea, constituye la afirmación de la totalidad de la teología en lo absoluto" ("Get.", p. 289).

Así, la nueva Iglesia postconciliar se dirige "a todos los hombres" y está "al servicio de cada hombre y de todo el mundo" en su afán de ecumenismo gnóstico y personalista (Cf. "V.S." nº3).

Según "Veritatis Splendor" la moral (moderno-subjetivista) es el camino de la salvación, abierto a todos los hombres sin importar la fe verdadera, ni la Iglesia. La salvación queda abierta a todos los hombres, sin importar sus cultos y creencias, por la vía de la moral directamente con Dios (sin intermediarios). La conciencia del hombre basta para que se salve. La conciencia le revela y le dicta al hombre lo que tiene que hacer y eso basta para que el hombre se salve.

La Iglesia Católica, no es el único camino de salvación. El Dogma: "fuera de la Iglesia no hay salvación", pierde sentido ante el camino de la moral según el dictamen de cada conciencia, conforme a lo que ésta les revela y dicta. Nos encontramos, pues, con la moral kantiana, siguiéndola, el hombre se salva. Por eso, Juan Pablo II dice: "Ella (la Iglesia) sabe que, precisamente, por la senda de la vida moral está abierto a todos los hombres el camino de la salvación" ("V.S.", nº3). Sí, estamos ante la moral kantiana, que conlleva el personalismo y que condena todo lo que atenta contra la dignidad de la persona humana, reflejada en su libertad, principio y fundamento de la moral y de todo derecho. Es la moral de la libertad religiosa, es la moral masónica, del ecumenismo. No es la moral católica sino la moral gnóstica, cabalista.

La moral que Juan Pablo II presenta en su Encíclica no es la católica ni mucho menos, es la moral ecuménica que es gnóstico-cabalista.

La influencia de Kant y de Hegel se deja ver en el pensamiento moderno, no lo olvidemos: "Todos están de acuerdo en decir que Kant ha ejercido influencia muy grande en las esferas filosóficas y por consiguiente teológicas, desde su tiempo hasta hoy en día; la ha ejercido a pesar de la aparición de sistemas y doctrinas nuevos que no se referían, de ningún modo al pensamiento de Kant" ("Get.", p. 219).

No se diga que somos nosotros quienes ven a Kant y a Hegel por todas partes, es un Cardenal de la talla y envergadura de la del Cardenal Siri quien así lo constata y dice: "El filosofismo que caracterizó la evolución de las corrientes teológicas hizo presente el pensamiento de Kant en muchas obras concernientes a la teología" (Ibid., p. 226).

No somos nosotros quienes ven la gnosis por todas partes, es la lógica consecuencia de la difusión de la filosofía y del pensamiento moderno que tienen en Hegel su máximo representante y respecto al cual el P. Meinvielle dice: "Pero ha de ser Hegel quien en su Filosofía de la Religión y en su Fenomenología del Espíritu ha de ser el exponente máximo de la gnosis valentiniana" ("De la Cáb.", p. 258).

Además, recalca que: "El idealismo alemán debe ser considerado como la forma más completa del pensamiento moderno, como la expresión teórica y sistemática más alta del principio de inmanencia y síntesis de la metafísica espinosiana y del ich denke kantiano, es decir, del principio monístico y naturalístico del ser y de la nueva concepción de la productividad de la conciencia. Una síntesis de elementos que hoy pueden parecer disparatados y extraños... que pertenecen desde ahora a la estructura de la conciencia occidental" ("De La Cáb." p. 274).

La gnosis y las ideas divinas

Otro de los temas de la gnosis, es la cuestión de las ideas divinas. Para la gnosis es de capital importancia esta consideración, pues encuentra en ello (interpretado a su modo) el fundamento de su posición. Las ideas divinas que son la representación de las cosas, existen en Dios desde siempre y estas ideas divinas lo son distintas de la esencia de Dios, establecen luego la identidad de las cosas con la esencia divina.

Es muy significativo cómo Juan Pablo II retoma esta interpretación gnóstica cuando expresa que: "El hombre existe 'in Christo', y así existía desde el principio, en el eterno designio de Dios; pero por medio de la muerte y de la Resurrección es cómo esta 'existencia en Cristo' se convirtió en un hecho histórico, radicado en el tiempo y en el espacio" ("Sig.", p. 118).

La gnosis, a través de las ideas divinas, establece que las cosas y la esencia divina se identifican, pues Dios conoce las cosas en las ideas divinas y estas no son distintas de la esencia de Dios.

"Es así -dice Borella- en este acto de conocimiento como el intelecto realiza su identidad con su prototipo in divinis, es decir, con la idea que Dios, desde toda la eternidad, ha formado de este intelecto" ("La Pensée Cath.", n° 180, p. 54).

"El intelecto, afirmamos, se identifica con su naturaleza sobrenatural, con su prototipo in divinis" ("La Char.", p. 405).

"¿Pero qué son las cosas en Dios? Las cosas en Dios, decimos, son en Dios como Ideas que Dios determina por el conocimiento que El tiene de su Infinitud. Son posibilidades de existencia o de creación... Luego estas posibilidades de creación no son otra cosa que la Esencia divina misma en tanto que consiente ser imitada y participada por los diferentes seres". ("La Char.", p.342).

El error de la gnosis está en no saber distinguir, tal como lo hace Santo Tomás, entre la esencia como idea por la cual Dios conoce las cosas y la esencia de Dios en sí misma. El texto de Santo Tomás que impide el error de la gnosis dice así: "Deus per essentiam suam se et alia cognoscat, tamen essentia sua est principium operativum aliarum, non autem sui ipsius: et ideo habet rationem idea secundum quod ad alia comparatur, non autem secundum quod comparatur ad ipsum Deum". (S.Th. I: q. 15, a. 1, ad.2). "Si bien Dios se conoce a sí mismo y a los otros seres por su esencia, sin embargo, la esencia divina, que es principio operativo de lo demás, no lo es de sí mismo, y, por consiguiente, tiene razón de idea si se la compara con las cosas, pero no comparada con el mismo Dios".

Los gnósticos no entienden esto y así identifican las ideas divinas que en Dios son su misma esencia, con las ideas de las cosas, como divinas.

La esencia de Dios en cuanto participable en la infinitud de cosas que puede crear Dios, constituyen las ideas divinas. Para la gnosis la esencia divina y las ideas divinas, al identificarse en Dios, no distinguen entre la esencia de Dios en sí y la esencia de Dios en cuanto participable por creación a las cosas, por eso identifican esencia divina con la idea (o esencia) de las cosas. Santo Tomás lo explica así: "Ipse enim essentiam suam perfecte cognoscit: unde cognoscit eam secundum omnem modum quo cognoscibilis esto Potest autem cognosci non solum secundum quod in se est, sed secundum quod est participabilis secundum aliquem modum similitudinis a creaturis" (S.Th. I.q.15,a.2). "Dios conoce su esencia con absoluta perfección, y, por tanto, la conoce de cuantos modos es cognoscible. Pero la esencia divina se puede conocer no sólo en sí misma, sino también en cuanto participable por las criaturas según los diversos grados de semejanza con ella".

La gnosis no hace ninguna diferencia entre la esencia de Dios en cuanto participable (imitable) por creación y la esencia de las cosas; es todo lo mismo. **De** aquí su radical monismo y de su emanatismo.

En cambio, Santo Tomás dice: "Unaquaque autem creatura habet propriam speciem, secundum quod aliquo modo participat divinae essentiae similitudinem. Sic igitur inquantum Deus cognoscit suam essentiam ut sic imitabilem a tali creatura, cognoscit eam ut propriam rationem et ideam huius creature. Et similiter aliis" (S.Th. I, q. 15, a. 2). "Cada criatura tiene su propia naturaleza específica en cuanto de algún modo participa de semejanza con la esencia divina. Por consiguiente, Dios, en cuanto conoce su esencia como imitable por una criatura, la conoce como razón o idea propia de aquella criatura. Pues lo que sucede con una sucede con todas".

Gnosis y Moral

¿Qué se puede esperar de una moral como la de Juan Pablo II basada en las corrientes de la filosofía moderna bajo la impronta del pensamiento alemán? ¿Qué se puede esperar de la moral de Kant, para quien Dios no es algo exterior al hombre? Pues como hace ver el Cardenal Siri, Kant en sus páginas póstumas dice: "El concepto de Dios -y la personalidad del ser representado por este concepto- tiene realidad. Hay un Dios presente en la razón práctico-moral, esto es, en la idea de la relación del hombre al derecho y al deber. Pero esta existencia de Dios no es la de un ser exterior al hombre" ("Get." p. 224).

La moral verdadera nada tiene que ver con la moral moderna producto de la moral judeo-protestante y del idealismo alemán.

La moral por la cual "está abierto a todos el camino de salvación eterna" ("V.S.", n° 3), es el camino de salvación gnóstica. "La Ciencia o gnosis nos hace conocer nuestra realidad divina". (...) "Y en este conocimiento que nos convierte y retorna hacia lo Uno consiste la salvación gnóstica. No se trata como en el cristianismo de que, la salud, se opera por la gracia que se añade al hombre, sino de quitar lo que obstaculiza la gnosis y de sacar la malla que nos oculta la verdadera realidad divina que somos" ("De la Cáb.", pp. 256-258).

Con "Veritatis Splendor", Juan Pablo II se propone quitar la malla que nos oculta la verdadera realidad divina que somos. Ese esplendor de la verdad divina que somos, brilla de modo especial en el hombre creado a imagen y semejanza de Dios. Y Cristo, imagen de Dios invisible, se hace visible (se encarna) para revelar al hombre el misterio del hombre en el misterio del Padre. Es decir, revelar al hombre su propia divinidad de la cual es imagen de Dios Padre, descubriéndole la grandeza de su vocación.

Con una Encíclica como ésta, que revela el esplendor de la verdad gnóstica, ¿qué se puede esperar?, pues todo el contenido queda profundamente viciado. Adulterada la doctrina, la moral, las citas y referencias a las Sagradas Escrituras, quedan falseadas.

El que no lo quiera creer no tiene más que buscar cuál es el significado de las palabras que Juan Pablo II repite con insistencia: "Cristo revela la condición del hombre y su vocación integral. Por esto, 'el hombre que quiere comprenderse hasta el fondo de sí mismo... debe 'apropiarse' y asimilar toda la realidad de la Encarnación para encontrarse a sí mismo. Si se realiza en él este hondo proceso, entonces da frutos no sólo de adoración a Dios, sino también de profunda maravilla de sí mismo'" ("V.S.", n° 8). "La Iglesia... no ha dejado, ni puede dejar nunca de escrutar el 'misterio del Verbo Encarnado' pues sólo en él 'se esclarece el misterio del hombre'" ("V.S.", n° 28).

'Misterio del hombre' que, según la gnosis, debe tomar conciencia de lo que es en realidad, de su realidad divina. Por eso, Cristo viene a revelar al hombre, el hombre en su dimensión divina, la cual fue opacada por el pecado pero que, por el hecho de la Encarnación, ha sido definitivamente restablecida.

Según la gnosis, el hombre es imagen de Dios (imago Dei) con aquella semejanza o similitud de Dios (similitudo Dei) que a raíz del pecado (caída) quedó deformada, alterada, pero que Cristo restableció para siempre por el hecho de la Encarnación, uniéndose con todo hombre. Así, Cristo revelando al Padre, revela al mismo tiempo al hombre, el propio hombre, revela su imagen y semejanza con Dios, revela su divinidad que fue empañada por el pecado (caída en la materia), y le muestra la dignidad eminente de la persona humana y la excelencia de su vocación (el retama a Dios) por el conocimiento de lo divino que hay en él.

Se comprenden así las palabras de Juan Pablo II, que bien analizadas van contra el pecado original y son por lo tanto una herejía: "El objeto de esta premura es el hombre en su única e irreplicable realidad humana, en la que permanece intacta la imagen y semejanza con Dios mismo" ("Redemptor Hominis", n° 13). Decir que permanece intacta la imagen y semejanza con Dios mismo en el hombre después del pecado original, es una estulticia y una herejía que sólo un gnóstico puede afirmar.

Herejía que está contenida en Vaticano II y que Juan Pablo II no hace más que difundir retornando con brío y vigor la doctrina de *Gaudium et Spes* sobre la Iglesia en el mundo actual: "El que es imagen de Dios invisible (Col. 1, 15) es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado" ("*Vaticano II Documentos*", ed. BAC., Madrid, 1990, p. 216, *Gaud. et spes*, n° 22).

Para la gnosis, el Pecado Original alteró o deformó la imagen y semejanza del hombre pero no admite que haya perdido la semejanza (similitudo Dei), pues pertenece a la naturaleza del hombre, siendo tan sólo susceptible de alteración o deformación, pero no de pérdida absoluta y total.

La doctrina católica, en cambio, enseña que el hombre perdió la semejanza (justicia original, gracia santificante) y que la imagen (naturaleza) quedó íntegra, aunque vulnerada o debilitada.

Santo Tomás enseña así: "*Defectus autem originalis iustitiae est peccatum originale*" (S. Th. I-II, q. 81, a. 5, ad. 2).

"*Et ideo omnes vires animae remanent quodammodo destitutae proprio ordine, quo naturaliter ordinantur ad virtutem: et ipsa destitutio vulneratio naturae dicitur*" (S. Th. 1-11, q. 85, a. 3).

El error de Vaticano II y de Juan Pablo II halla su fundamento en la doctrina de la gnosis que Borella expone.

Borella, en consonancia con Juan Pablo II, afirma: "El hombre es la imagen de Dios... esta imagen es semejante... es conforme a su Modelo, es decir que en su naturaleza, el hombre se asemeja a Dios" ("*La Char.*", p. 144). El decir que el hombre en su naturaleza se asemeja o es semejante a Dios, es en sí mismo un error contrario al Dogma Católico y por lo tanto una herejía. Además, se explica porque la semejanza fue tan sólo deformada o alterada pero no quitada o perdida, pues pertenece a la naturaleza y como tal no puede perderse sin que se aniquile al hombre. Pero por si fuera poco Borella reafirma su error diciendo (en un texto ya citado en la p. 11): "El hombre es, en efecto, no solamente Dios para el mundo, sino también en él mismo" (Ibid., p. 144). Pues: "La semejanza indica la persona espiritual. Y se la nombra en segundo lugar porque es como una consecuencia de la imagen, está implicada en la imagen. Por eso, la imagen es, por otra parte, la única que se menciona a veces" (Ibid., p. 144). "En la medida que es imagen de Dios, el hombre es una forma de la gloria, pues no es imagen de Dios sino en la medida que refleja la irradiación cósmica de lo divino" (p. 140.)

Se ve cómo la doctrina de fondo de la "nueva teología" de Juan Pablo II y del Profesor Borella, es la misma, y ella es la gnosis.

El hombre perdió la gracia, y su naturaleza quedó íntegra pero vulnerada, es decir, perdió la semejanza (gracia) mientras que la naturaleza (imagen), quedó íntegra aunque deteriorada. Decir otra cosa es negar el pecado original.

Todo lo que Johannes Dórmann plantea y denuncia en su famoso libro: "*L'étrange théologie de Jean-Paul II et l'esprit d'Assise*", ed. Fideliter, encuentra su causa y explicación en la concepción gnóstico-personalista que Juan Pablo II tiene. El personalismo neopelagiano y la gnosis se dan la mano conformando una síntesis acabada, un verdadero sincretismo religioso gnóstico ecuménico-personalista. Este sincretismo no es más que la cabalización de la Doctrina de la Iglesia; la única alternativa es la reafirmación de la Tradición Católica Apostólica Romana en oposición a la tradición gnóstico-cabalista que adultera e invierte la Revelación Divina.

La moral que propone Juan Pablo II en "*Veritatis Splendor*", es la moral personalista en la cual se condena todo lo que atenta contra la dignidad de la persona humana hecha a imagen y semejanza de Dios tal y como la gnosis la concibe. Es la moral que garantiza la transcendencia del hombre y que rechaza todo lo que pueda mermarla. Es la moral de los derechos del hombre, de la libertad kantiana, con su libertad de conciencia y de culto. Es la moral de los derechos inalienables de la persona humana, la moral de los derechos de la conciencia y de la libertad religiosa. Es la moral ecuménica, del humanismo integral, la moral sin infierno ni condenación.

Juan Pablo II propone una moral que esté de acuerdo con "el hombre en su única e irreplicable realidad humana, en la que permanece intacta la imagen y semejanza con Dios mismo". Es la moral sin pecado original. Poco importa que cite los pasajes de las Sagradas Escrituras, los protestantes hacen lo mismo y no por eso vamos a considerar como buena o católica su moral, ni su moralismo.

El planteamiento de la cuestión moral queda trazado por el "conócete a tí mismo" según la gnosis; ésta es la perspectiva de Juan Pablo II, que al comienzo y al final de su Encíclica así lo manifiesta aunque se valga de la expresión de San Ambrosio¹⁰, pero dándole un sentido gnóstico conforme a su mentalidad: "La Iglesia, iluminada por las palabras del Maestro, cree en el hombre hecho a imagen del Creador (...) 'Conócete a tí misma, alma hermosa: tú eres la imagen de Dios' -escribe San Ambrosio-" ("V.S.", n° 10) y casi al final de la Encíclica: "la teología moral alcanzará una dimensión espiritual interna, respondiendo a las exigencias de desarrollo pleno de la 'imago Dei' que está en el hombre..." ("V.S.", n° 111). Sí, la "imago Dei" (imagen de Dios) que permanece intacta para la moral gnóstica de Juan Pablo II, como ya dijimos.

La moral de Juan Pablo II es la del hombre unido por siempre a Cristo por el hecho de la Encarnación, sin barreras de culto ni de religión. Es la moral del Dios que confiesa el trapense, el beduino, el budista, es la moral del Dios indefinido indeterminado, del Dios de la Cábala. Es la moral humanista y ecuménica que corresponde casi al pie de la letra, a la moral que iba a "reemplazar la fe por una cultura moral, fuerte, independiente de toda enseñanza confesional" tal y como dijo Mons. Delassus y que, además "esta cultura moral es también una religión, pero una religión superior a todas las otras, en la cual pueden y deben las demás confundirse" ("La Conj.", T.I I, p. 646).

Es la moral que manifiesta plenamente al propio hombre, es la moral que toca el misterio del hombre, el cual sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado. Es la moral de Vaticano II, la moral del camino de salvación abierto a todos los hombres. Es la moral ecuménica que reconoce todo lo bueno y verdadero que hay en las falsas religiones, es la moral que considera las falsas religiones como caminos (extraordinarios) de salvación. Es la moral personalista del Humanismo Integral, en definitiva, de los que no creen que fuera de la Iglesia no hay salvación, como enseña el Dogma católico (Os. 802 y 3866).

La larga consideración moral de la Encíclica puede tener su explicación en el intento de conciliar Juan Pablo II la moral kantiana (la libertad como derecho inalienable) con la moral Católica (la coacción moral). Así como erradamente Marechal en filosofía quiso conciliar Kant y Santo Tomás, Juan Pablo II parece querer conciliar moral Kantiana con moral cristiana (Católica). Pero también tengamos en cuenta que en los grupos esotéricos había -en relación con Steiner- lo que Pierre Virion advierte: "muchas pretensiones moralistas y educadoras del antroposofismo" ("El Gob. Mund.", p.23).

Conclusión

La conclusión que se impone, de sí misma, es que, así como hay dos amores que edifican dos ciudades, según San Agustín, el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo, funda la Ciudad de Dios; y el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, funda la Ciudad del Hombre; así hay dos doctrinas que fundan dos culturas diametralmente opuestas: la cultura católica (tradicional) basada en la Revelación del Verbo Encarnado, la Tradición Católica, y la otra, la cultura moderna¹¹ basada en la tradición gnóstico-cabalista, que tiene la insolencia de levantarse hasta Dios y ser como Dios.

La Tradición Católica nutre la Iglesia, la tradición gnóstico-cabalista nutre la Contra Iglesia o Sinagoga de Satanás. Una es de Cristo, la otra es del Anticristo, no hay conciliación.

El Ecumenismo de la Iglesia postconciliar es la gnosis dentro de la Iglesia, es la judaización de la misma, es la cabalización de la Doctrina, del culto y de la moral católicas. Es el humo de Satanás en el lugar santo: "Roma perderá la fe y será la Sede del Anticristo", profetizó Nuestra Señora de La Salette. La judaización del mundo no debe asombrarnos, pues como expresa León de Poncins: "Extranjero entre los pueblos, negándose a la conversión y a la asimilación, constituyendo un Estado dentro del Estado, el judío se dedica incansablemente a

judaizar a las naciones" ("El Judaísmo y la Cristiandad", ed. Acervo, Barcelona, 1966, p. 120) y citando en la página siguiente una declaración muy significativa de Marx cuyo origen hebreo es manifiesto: "Los judíos se han convertido en la medida en que los cristianos se han convertido en judíos."

Juan Pablo II, Desgraciadamente, se dejó seducir por la tradición gnóstico-cabalística y propicia el sincretismo religioso ecuménico gnóstico-personalista; es un hecho, sus obras lo manifiestan. La Encíclica "Veritatis Splendor" es, ni más ni menos, que el esplendor de la verdad gnóstica, que nos manifiesta plenamente el hombre al mismo hombre.

Juan Pablo II está imbuido hasta los tuétanos del sentir y del pensar gnósticos. La Encíclica no hace más que reafirmar el personalismo neopelagiano. Se tergiversa la noción de la "imago Dei", del "capax Dei", según la perspectiva de la gnosis. El misterio de la Encarnación no se salva de esta consideración. La moral, no es más que la moral del personalismo, de la dignidad de la persona humana, de su libertad y de sus derechos, condenando todo lo que pueda afectar estos principios. Es la moral ecuménica, antropocéntrica, basada en la dignidad del hombre y de sus derechos inalienables, tales como la libertad de conciencia y de culto (libertad religiosa).

No nos queda más que comprobar con los hechos, los planes de la Sinarquía, propalado por un alto iniciado en la gnosis y la masonería: "El abate Roca (1830-1893), sacerdote apóstata, se dedicó a las ciencias ocultas y mantuvo relaciones con grandes iniciados de la época... Interdicto por Roma, continuó sin embargo, hablando y actuando como si perteneciere a la Iglesia, predicando la rebelión y anunciando el próximo advenimiento de la 'divina Sinarquía', bajo la autoridad de un Papa convertido al cristianismo científico. Saint-Yves d'Alveydre ha trazado en sus obras las grandes líneas de la Iglesia Universal¹², pandemonio de todas las religiones y de todas las sectas, bajo el imperio de la Teocracia. Roca comprendió que, para realizarla, era menester introducir en el clero otra concepción de los dogmas, insuflarle, sin que lo advirtiese, un universalismo masónico, adoctrinarle en la trascendencia de la Gnosis sobre la fe, de la unión íntima de lo oculto y del cristianismo..." ("La Igl.", p. 248). Ni más ni menos que la nueva iglesia ecuménica, que Vaticano II impuso y que Juan Pablo II predica.

Los comentarios sobran, la evidencia se palpa, hoy todo esto es un hecho, un verdadero Misterio de Iniquidad. Juan Pablo II responde a los designios de los enemigos de la Iglesia con tal perfección que pasma la comparación y coincidencia entre los planes de la Sinarquía y el Ecumenismo del Concilio Vaticano II. Con el reciente anuncio de Juan Pablo II de su deseo para el año 2000, de reunir en el Sinaí a Católicos, Musulmanes y Judíos, no hace más que cumplir el cometido de integración universal (ecuménica) tal como lo evidencia el siguiente texto de Mons. Delassus: "Convencido en materia religiosa que el espíritu es todo y la forma poca cosa, el judío Hipólito Rodrigo, citado por los Archivos israelitas, se dirige sucesivamente a los tres hijos de la Biblia: al judaísmo, al cristianismo y al islamismo. Exhortándoles y conjurándoles a dejar de lado las formas exteriores del culto que los separan, misterios, sacramentos, etc., y para unirse en el terreno que les es común: el de la unidad de Dios y el de la fraternidad universal" ("La Conj.", T. II, p. 639). Es tremendo, pero aquí está claramente expresado el ideal del sincretismo religioso judaico en plena armonía con el Ecumenismo de Juan Pablo II y de Vaticano II. Sólo un gnóstico-ecumenista, como Juan Pablo II, puede realizar una conjunción tan desastrosa para la Iglesia dejando las formas exteriores del culto que separan y uniéndose en el terreno común de la unidad de Dios y de la Fraternidad universal.

Hoy más que nunca cobran vigencia y actualidad las palabras con las que queremos finalizar, citando a San Pablo, y que bien pueden haber sido dichas para esta época de gran confusión doctrinal y de apostasía, sólo comparables a los últimos tiempos del Apocalipsis: "Carísimo, te conjuro delante de Dios y de Jesucristo, que ha de juzgar vivos y muertos al tiempo de su venida y de su reino; predica la palabra divina, insiste con ocasión y sin ella; reprende, ruega, exhorta con toda paciencia y doctrina. Porque vendrá tiempo en que los hombres no podrán sufrir la sana doctrina, sino que acudirán a una caterva de doctores según su gusto, que halaguen los oídos y se amolden a sus desordenados deseos; y cerrando su oído a la verdad, lo aplicarán a las fábulas. Tú entretanto, vigila, trabaja en todas las cosas, haz obra de evangelizador; cumple con tu ministerio. Se sobrio". (11 Tim., 4, 1-5).

Que la Virgen de La Salette y de Fátima nos proteja y asista perseverando en la Fe Católica y en el amor a Jesucristo y a su única Iglesia, la Iglesia Católica Apostólica Romana, a la cual debemos ser siempre fieles.

¹ Des Mousseaux, en su excelente libro "Le Juif, le judaïsme et la judaïsation des peuples Chrétiens", París 1869, p. 545, habla también en el mismo sentido. Igualmente Pierre Virion, "El Gobierno Mundial y la Contra-Iglesia", ed. Cruz y Fierro, Buenos Aires, 1965, p. 241.

² Hay que distinguir entre tradicionalista católico y tradicionalista gnóstico, pues la gnosis se pretende tradicionalista, no por la tradición católica sino por la tradición primordial que nutre todas las religiones que se derivan de esta verdad esencial como expresiones esotéricas, guardando el mismo contenido primordial que resta esotérico (escondido) para el común de los hombres.

³ "La gnosis, en efecto, es el conocimiento perfecto donde el sujeto cognoscitivo está totalmente unido al objetivo conocido, por que conociendo como es conocido, el conocimiento que tiene de Dios y el conocimiento que Dios tiene de él, son un mismo y único conocimiento." (Borella, "La Char.", p. 394).

⁴ Para ser exactos y conforme a la doctrina de Santo Tomás, la distinción real de las cosas corresponde a la distinción entre esse y essentia. La existencia es un efecto (extra causas) del 'esse ut actus essendi' al ser poseído por el ente. El ente es lo que posee el esse (id quod habet esse) y al poseer el 'esse' como acto, existe en la realidad. Las tesis tomistas aprobadas por S. Pío X hablan de distinción real de esse et essentia y de esse participado (Ds. 3603).

⁵ Tal como advierte el P. Cornelio Fabro ("Partecipazione e Causa lita" Soco Ed. Internazionale de Torino, 1960, p. 540), "la atmósfera de sincretismo propia al humanismo", no puede ser ajena al ecumenismo henchido de humanismo.

⁶ Henri de Lubac, S.J., nacido en 1896, profesor en la Facultad Teológica de Lyon-Fouriere y en el Instituto Católico de París, perito en el Concilio Vaticano II, miembro de la Comisión Teológica Intemacional.

⁷ "Una única dimensión": Juan Pablo II dirá "un único proyecto" ("L'Osser. Romano", ed. Esp. 22/3/91, p. 8, col.2), tal y como lo enseña la Cábala, en su monismo radical.

⁸ Sobre el ocultismo de Steiner se puede también consultar el libro de Pierre Virion "El Gobierno Mundial", p. 23.

⁹ No el único.

¹⁰ ¡Pobre San Ambrosio! ¡citado para ser utilizado por los gnósticos!..., corre la misma suerte que muchos Padres de la Iglesia de quienes la gnosis se aprovecha para fundamentar sus errores, con apariencia de verdad.

¹¹ La civilización moderna comienza con el Renacimiento humanista, cuando la Cábala comienza a penetrar en el mundo cristiano (Renacimiento - Reforma - Revolución Francesa - Revolución Comunista - Revolución Tecnológica). Son etapas de una misma Revolución que culminará en la Ciudad del hombre, la cual será la Ciudad Satanocrática, donde imperará el Anticristo, consolidando la Apostasía.

¹² Léase Ecuménica.